

fronta con la tecnología, da la impresión de ser, a menudo, una afectividad presurosa, aproximativa, diletantesca, chapucera, en la cual, mucho, si no todo, está confiado a la casualidad. Lo contrario de lo que le sucede a la tecnología. ¿Pero qué quiere decir esto? Quiere decir probablemente que se ha dado un desplazamiento expresivo del arte por la ciencia.

### ¿Hay agua en la Luna?

A ninguno le viene hoy a la mente, en los Estados Unidos, afirmar que podría renacer un nuevo Shakespeare o un nuevo Dante. Pero todos parecen seguros de que el viaje a Marte ocurrirá dentro de diez, a lo máximo, veinte años. Naturalmente, la fantasciencia, aunque sea optimista y doméstica, es siempre algo distinto de la ciencia. Para ver lo que dice la ciencia he ido a interrogar al doctor Annexstad, joven científico de lejano origen noruego. Me recibe en su despacho directivo, en la sede de la NASA, donde en estos momentos trabaja en su calidad de selenólogo. Le planteo la primera pregunta:

—¿Hay agua en la Luna?  
Annexstad parece dudar.

—Podría darse, pero a grandes profundidades, en forma de hielo geológico, como en Alaska. O bien podría, simplemente, tratarse de una impresión de los astronautas, al ver que el mantillo lunar se pegaba a sus pies. En este caso se trataría no ya de agua, sino de una especie de cohesión de la materia en el vacío.

—¿Oxígeno?



## más allá de la luna

—Posiblemente. Pero no podremos decir nada hasta que no hayamos estudiado las muestras traídas de la Luna.

—¿Gérmenes, bacilos, bacterias?

—Tampoco ahora podemos decir nada. Pero me parece poco probable: la Luna es un mundo muerto.

—¿Vida?

—Ya he respondido: no hay condiciones para la vida en la Luna.

—Pero se pueden crear. ¿verdad? Annexstad reflexiona un poco antes de responderme:

—No me he ocupado siempre de la Luna. Por muchos años he vivido en la Antártida, en un observatorio científico norteamericano. Como usted sabe, en la Antártida hay observatorios de once naciones.

### Como en la Antártida

—La Antártida —prosigue Annexstad— es uno de los pocos lugares del mundo en los cuales la colaboración científica internacio-

nal prevalece sobre la voluntad de potencia nacional. Cuando la Antártida fue explorada, en los primeros años de este siglo, los exploradores, exactamente como Armstrong, Aldrin y Collins, se limitaron a plantar la bandera y después volvieron a sus casas. Pero ahora, con los medios de la tecnología, podemos vivir. Naturalmente se trata de una vida especial, reducida a lo esencial, en completo aislamiento, en completa clausura. Una vida, en suma, del todo artificial, que se puede afrontar solamente por motivos de investigación científica y después de un adiestramiento particular. El ambiente físico en la Antártida, en mi opinión, presenta algunas semejanzas con el de la Luna. Por ejemplo, el frío conserva las cosas, como en la Luna el vacío. Hemos encontrado la cabaña de Scott, después de medio siglo, intacta, con un vaso en la mesa y la puerta semiabierta. Así, tanto en la Antártida como en la Luna, no se puede destruir nada. Todo se conserva, nada se corrompe. Por eso pienso que la Luna es un poco como la Antártida. Iremos a la Luna, viviremos, pero solamente con fines científicos, de manera del todo artificial.

—¿Usted diría entonces que la Luna tiene la misma importancia que la Antártida?

—No. Creo que la importancia científica de la Luna es mucho mayor que la de la Antártida.

—¿Por qué?

—Porque la Luna no es como la Antártida un punto de llegada, sino de partida.

—¿Para qué?

—Para un estudio siempre más profundo y alto del cosmos.

### Las esperanzas de Annexstad

—¿Cree que el hombre podrá adaptarse para vivir en el espacio sin escafandras especiales, involu-cros, aparatos y depósitos de aire?

—No lo creo. El día que se adapte (pero se necesitarían millones de años) no será un hombre, sino cualquier otra cosa.

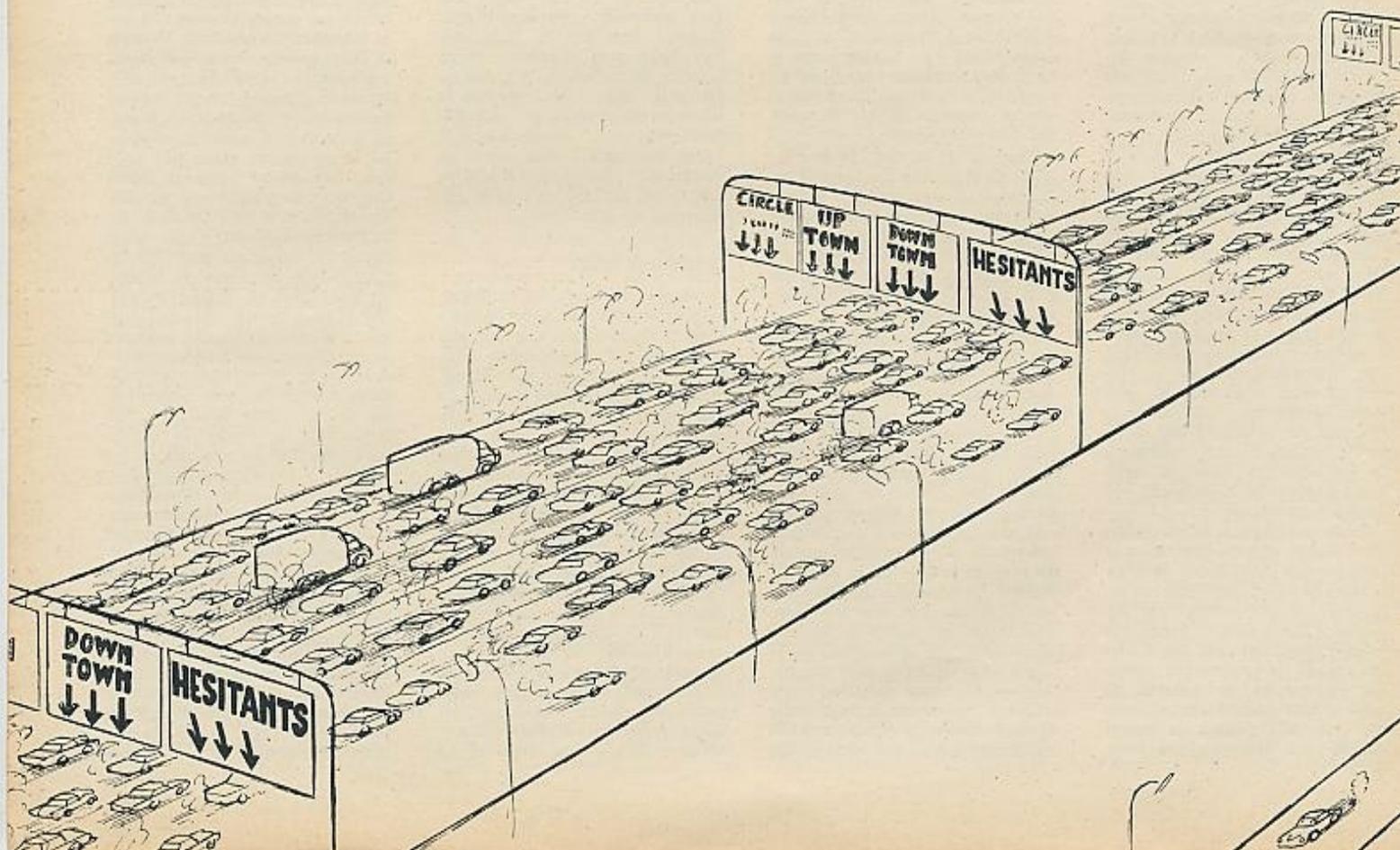
—Entonces, ¿usted excluye la colonización del cosmos?

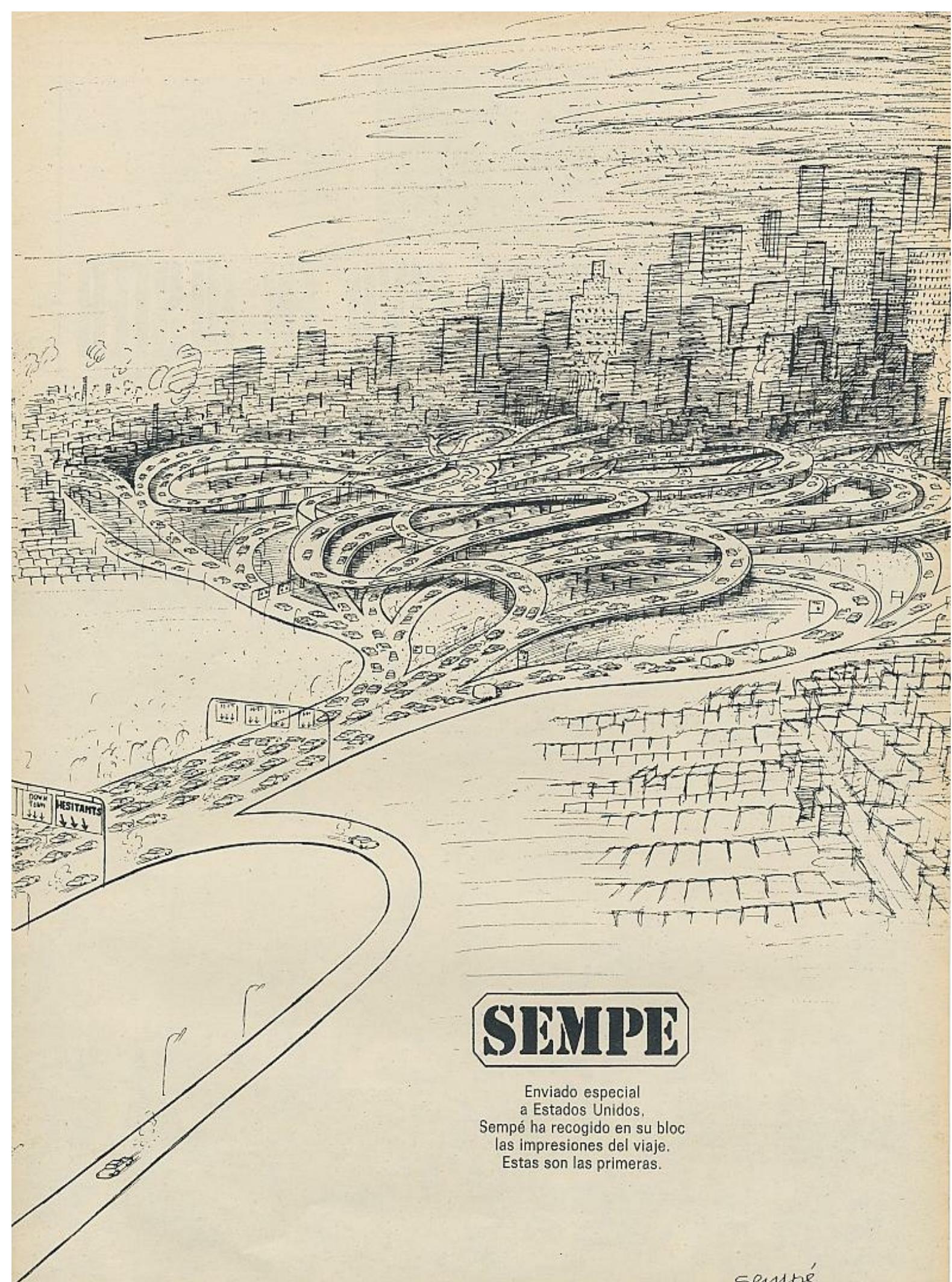
Annexstad sonríe.

—La ciencia se ocupa sólo de las cosas que se puede ocupar. Una colonización del cosmos requeriría astronaves lanzadas a una velocidad mayor que la de la luz. Cosa que, por ahora, es imposible. Sería necesario, antes que nada, tener otra concepción de la materia; esto es, salir de la teoría de Einstein. Pero, ciertamente, las posibilidades del hombre son prácticamente infinitas. El impulso a explorar y descubrir es innato al hombre.

—¿Qué fue lo primero que pensó cuando sobrevino el aterrizaje en la Luna del «Apolo XI»?

—Que la Luna no sea utilizada para fines militares, sino que permanezca siendo un lugar neutral para la investigación científica. Que el éxito espacial haga abandonar la carrera de armamentos por la competición tecnológica. En fin, que después de haber conquistado la Luna, la tecnología vuelva de nuevo a la Tierra para hacerla más habitable, más humana, más justa. ■ A. M. (Traducción: ALONSO IBARROLA.)





DOWN  
LANE  
HESITANTS

# SEMPE

Enviado especial  
a Estados Unidos,  
Sempé ha recogido en su bloc  
las impresiones del viaje.  
Estas son las primeras.

Sempé  
U.S.A. 1969-